

Reacción intelectual cubana ante la crisis del 98

Denia García Ronda

Profesora. Universidad de La Habana.

El tránsito del siglo XIX al XX, traumático para el mundo en su conjunto, tuvo para Cuba, como se sabe, connotaciones especiales que determinaron una realidad muy diferente, en muchos aspectos, a la imaginada por los distintos proyectos sociopolíticos de los hombres del XIX.

Después de tres guerras por la independencia en un lapso de treinta años, de la labor titánica de José Martí para organizar una lucha de liberación nacional que incluyera —desde sus mismos orígenes— los principios de una república sin subordinaciones a «hombre o pueblo alguno», y de la hazaña mambisa de llevar a España —que estaba gastando ya su último hombre y su última peseta en la contienda— a las puertas de la derrota, los cubanos son testigos de la intervención norteamericana en la guerra, no como sus aliados —como muchos, con poca satisfacción, creían—, sino como un beligerante independiente, a partir de una declaración de guerra que, esencialmente, desconocía el protagonismo de los revolucionarios de la Isla y aprovechaba, sin embargo, el estado casi terminal de la confrontación bélica.

A la rápida victoria sobre unas fuerzas españolas ya agotadas, siguió la intervención política (1898-1902) y los esfuerzos por lograr, de una u otra forma, el dominio definitivo de la Isla. La imposibilidad de tomar a Cuba como botín de guerra —debido sobre todo a la cuarta sección de la Resolución Conjunta— no eliminó las intenciones de lograr, en el corto o mediano plazo, la anexión de Cuba o, al menos, un sistema dominador sin una relación colonial directa.

Todo ello creó un estado de consternación, dudas y, finalmente, frustración en la mayor parte de la población cubana y, con características propias, en su sector intelectual.

La cultura cubana, sobre todo en cuanto al pensamiento y la literatura, se había visto seriamente afectada después de 1895 como consecuencia, en términos generales, de la situación de guerra, que incluyó una dispersión intelectual, no solo geográfica. La conmoción causada por la intervención y las características de la república que surgió de ese hecho, terminarían por desplazar a Cuba de la posición jerarquizada que había logrado durante las últimas décadas del siglo XIX en el contexto cultural

iberoamericano, y serían factores determinantes de la base ideotemática de muchas de sus manifestaciones artístico-literarias.

Aunque en casi todas ellas se puede rastrear la impronta de esos acontecimientos, en este texto me propongo exponer algunos criterios sobre cómo se manifiestan en la literatura, tanto reflexiva como de creación, durante el período de 1898 a 1920; y el carácter de la respuesta —o más bien de las respuestas— de los escritores a la nueva situación social.

La reacción intelectual ante los acontecimientos habría que verla en dos momentos. En el primero de ellos, aunque ya se había producido la intervención en la guerra, no estaba suficientemente claro para nadie cuál sería, en definitiva, el destino del país. Es el período en que los interventores y sus voceros y *partenaires* criollos ensayan mecanismos para crear condiciones económicas, políticas y de infraestructura a fin de «preparar» a la Isla para su potencial entrada en la órbita de la Unión, y al mismo tiempo legitimar esa posibilidad mediante reflexiones que la avalaran. En el propio 1898, Francisco Figueras publica en Nueva York el folleto *Anexión o independencia*, en donde aboga abiertamente por la primera opción, a partir de la hipótesis de que los cubanos carecían de capacidad para constituir al país como nación independiente. Las mismas ideas desarrollaría en *Cuba y su evolución colonial*, publicado en 1909, pero fechado en 1899.

Por su parte, José Ignacio Rodríguez, reconocido anexionista desde la década de los 80,¹ publica en 1900 su *Estudio histórico sobre el origen, desenvolvimiento y manifestaciones prácticas de la idea de la anexión de la Isla de Cuba a los Estados Unidos de América*,² que defiende iguales propósitos y critica acerbamente a personalidades cubanas antianexionistas, desde José Antonio Saco a José Martí.

A esto habría que añadir la labor que, desde principios de 1898, llevaba a cabo Tomás Estrada Palma en los centros gobernantes de los Estados Unidos para pedir —transgrediendo el legado martiano y traicionando su confianza— si no la anexión completa, sí una suerte de protectorado norteamericano sobre la Isla, lo que le valió que Emilio Roig de Leuchsenring lo llamara el «padre» cubano de la Enmienda Platt.³

La respuesta de los cubanos antinjerencistas se manifiesta desde esos mismos años. En 1899, Evelio Rodríguez Lendíán inaugura el curso en la Universidad de La Habana con un discurso que titula «La independencia absoluta como el ideal cubano», que se opone palmo a palmo al folleto de Figueras. Por su parte, Enrique Collazo publica en 1900 *Cuba independiente*, que analiza la evolución de la Guerra del 95 y demuestra lo avanzado de su desarrollo al momento de la intervención.⁴

En el plano de la creación literaria, tal actitud tiene su correlato en algunos textos, sobre todo poéticos. Significativamente, el elemento nuclear de muchos de los poemas que se escriben en el período de 1898 a 1901 es la bandera cubana. Esto puede tener una doble lectura: por una parte, el sentido de identidad nacional y afán de soberanía que simbolizaba el pabellón patrio y que ya había motivado antes varias manifestaciones poéticas y, por otra, la ingenuidad de considerar que el hecho de hacerla flotar en los edificios públicos garantizaba, por sí solo, la independencia del país.

Dos poemas son significativos en este sentido. El primero es el tan conocido «Mi bandera», de Bonifacio Byrne,⁵ que recoge en forma poética un sentir popular y especialmente el sentimiento de frustración de los que, exiliados por sus ideas independentistas, regresan a la patria en plena intervención norteamericana. A la vista de la bandera de los Estados Unidos al lado de la cubana, la reacción del sujeto lírico va desde la contenida evocación de la guerra y la emigración, significada simbólicamente por la bandera nacional como muestra de los sacrificios hechos por la independencia, hasta arranques de exaltación en los que exclama «que no pueden flotar dos banderas/ donde basta con una: la mía». El sentido de protesta implica no solo el rechazo a la ocupación, sino también la posibilidad de reconversión de la situación. No hay en el poema de Byrne, como sucederá después en otros textos literarios, incluso del propio autor, una visión del estado de cosas como irreversible, sino una íntima confianza en el mantenimiento del patriotismo y la voluntad de independencia de los cubanos, basados en la tradición heroica del país. La apelación implícita a los muertos para la defensa de la bandera recuerda —en cuanto a lo ideotemático— la que hiciera José Martí en el poema de *Versos sencillos* conocido como «Los héroes».⁶

El otro poema al que me referí antes pudiera ejemplificar la segunda consideración. Al contrario del de Byrne, el hablante lírico del soneto «Dos banderas» de Enrique Hernández Miyares⁷ se muestra agradecido de la gestión norteamericana en la guerra y expresa su conformidad ante el espectáculo de las dos banderas («Una y otra, cual nuncio de contento,/ estrellas y colores dan al viento/ que con gallardo soplo las tremola...»), para terminar con la exposición de su esperanza en que la intervención sea provisional y de que, en un futuro próximo, las dos naciones sean solo amigas.⁸

Aunque el poema de Byrne ha trascendido, con justicia, por la actitud intransigente y digna ante la intervención política de los Estados Unidos en Cuba, la tendencia del soneto de Hernández Miyares era, en términos generales, la más común entre la intelectualidad criolla. La obsesión por el cese de la intervención político-militar llevó a muchos a no prever las otras

La cultura cubana, sobre todo en cuanto al pensamiento y la literatura, se había visto seriamente afectada después de 1895 como consecuencia, en términos generales, de la situación de guerra, que incluyó una dispersión intelectual, no solo geográfica.

alternativas de dominio que se manejaban en los Estados Unidos.

Aunque «Dos banderas» no parece probarlo, Hernández Miyares fue uno de los intelectuales que vio más claramente los aspectos negativos de la influencia norteamericana en la cultura y en la vida cotidiana del país, como se verá más adelante.

No son estos los únicos ejemplos de la actitud intelectual ante los acontecimientos del 98, aunque sí algunos de los más representativos. De artículos, discursos, cartas y otros documentos de la época, se deduce lo que constituía la mayor preocupación de la intelectualidad del país: cuánto duraría la intervención; aunque no faltaron quienes se preocuparan por su resultado final.

Desde el punto de vista de la acción intelectual, ese primer momento está representado por el debate en la Asamblea Constituyente, que si bien (como ha expresado Raúl Roa) demostró la dispersión de la conciencia nacional, también fue escenario de una heroica, aunque inútil lucha de ideas de los pensadores y políticos más honestos por impedir la inclusión del apéndice plattista en la Constitución de la República.⁹ En una situación de total desventaja, un grupo de cubanos —no todos anteriormente independentistas— debían darle una Constitución a un país intervenido por un poder extranjero. El país que están representando no cuenta sino con una masa campesina empobrecida y desgastada, unos sectores obreros no consolidados, un Ejército Libertador licenciado, disperso y desarmado, sin grandes líderes militares y políticos después de la muerte de Martí y Maceo y de la desilusión de Máximo Gómez, víctima —como se lo había pronosticado Martí— de la ingratitud de los hombres; un país, en resumen, como ha dicho Cintio Vitier «desangrado, arruinado, inerme y solo».¹⁰ En esas condiciones, solo era viable la lucha verbal. Las multitudinarias manifestaciones populares en contra de la Enmienda Platt y de apoyo a los constituyentes parecen confirmar lo generalizado de ese criterio.

Teniendo en cuenta esas condicionantes y limitaciones, considero que la batalla de los antiplattistas en el forum constituyente representa un momento de confusión, pero también —en última instancia— de esperanza en que se podía evitar, o al menos matizar con argumentos

y con una firme actitud, lo que parecía, y finalmente fue, una imposición limitadora de la total independencia de Cuba. Un ejemplo de ello lo constituye la ponencia de Juan Gualberto Gómez en respuesta a la comunicación de Leonard Wood, gobernador militar de Cuba intervenida, acerca de la Enmienda aprobada por el Congreso norteamericano y las coincidentes prescripciones que debía contener la Constitución cubana. La ponencia rechaza con firmeza las cláusulas de la Enmienda Platt que atentaban contra la soberanía de Cuba, mediante argumentaciones legalmente irrefutables y basadas en reconocidos teóricos acerca del Estado.

A un pueblo ocupado militarmente —aunque no por fuerzas que deba considerar enemigas, sino aliadas— se le pide que antes de constituirse con su gobierno propio, antes de quedar libre en su territorio, reconozca al ocupante militar, que vino como amigo y aliado, derecho y facultades que anularían la soberanía de dicho pueblo. Esa es la situación que nos crea el método que acaban de adoptar los Estados Unidos. No puede ser más anormal e inadmisibile.¹¹

Las repetidas proposiciones y votaciones en el seno de la Convención, relacionadas con la aceptación o no de la Enmienda Platt como apéndice de la Constitución, la cerrada votación final, y aun las explicaciones de varios constituyentes sobre las causas de su voto positivo, prueban la voluntad de la mayoría por lograr su no inclusión en la Constitución cubana.¹²

El resultado de esa batalla marcó el fin de ese primer momento de la reacción intelectual cubana ante la intervención norteamericana, en el que primó una posición de rechazo a la ocupación y un consecuente anhelo, con una cierta dosis de esperanza, de ver proclamada la República independiente.

Al iniciarse el proceso para conformar la Convención Constituyente, pocos intelectuales no creían en ese resultado.¹³ Una de esas excepciones fue Enrique José Varona, quien se negó a ser nominado como candidato a la Convención, pues opinaba que, dada la situación de intervención militar y los seculares intereses de los Estados Unidos sobre la Isla, los cubanos «no podrían disponer por sí solos de su destino»¹⁴ y que, por tanto, la Convención sería solo un hecho formal.

La frustración del sueño de la independencia total provocaría diversas respuestas: desde el ingenuo canto

exaltado al 20 de mayo, día de la proclamación de la República, en poemas generalmente de escasa calidad, hasta profundas reflexiones acerca del destino de la nación y de su identidad cultural, pasando por la recuperación —en forma de testimonios, artículos o ensayos— de la tradición histórica cubana, especialmente en lo relacionado con personalidades y hechos de las guerras por la independencia; además de revisiones y especulaciones sobre las causas de los acontecimientos, las fórmulas más propicias de adaptación del cubano a las nuevas condiciones y la mejor manera de restaurar y conservar la conciencia nacional.

En los primeros momentos, la tarea cultural se concentró en este último aspecto. No es casual que en el propio año 1901, Vidal Morales diera a la imprenta *Iniciadores y primeros mártires de la Revolución cubana* y que en 1902 se publicaran con el título *La Revolución de Yara* las conferencias que Fernando Figueredo Socarrás había dictado en los Estados Unidos entre 1882 y 1885. En ese mismo año, José Varela Zequeira inaugura los cursos universitarios con un discurso —*Cuba y los Estados Unidos*— con el que interviene en la polémica acerca de la nueva situación.

Entre las mayores preocupaciones de esos primeros años está la posible sajonización del habla cubana. Enrique Hernández Miyares contestó con energía a un artículo del *Diario de la Marina*, titulado «Carboneras morales», que pretendía estar preocupado por la galopante incursión de vocablos ingleses en nuestro idioma. Hernández Miyares alegaba que

los tenderos de La Habana, en su mayoría españoles, fueron los primeros en rotular sus establecimientos con nombres y anuncios ingleses [...] como si ya contaran de antemano los comerciantes con que la transformación iba a ser violenta; que se iba a hablar en inglés desde el día siguiente del cambio de bandera en el Morro.¹⁵

Pero lo que más preocupaba a Hernández Miyares era la posibilidad de desnacionalización a partir de la actitud de los propios cubanos, cuyo pesimismo los llevaba a poner en tela de juicio las costumbres nacionales y aun su propia historia.

Otras son las «carboneras morales» que nos ponen miedo en el ánimo. La crítica punzante a diario de nuestras costumbres privadas o políticas, que nos fueron impuestas, unas por la heterogeneidad de las razas que pueblan la Isla, o que nos vienen de legítima herencia las otras. Carboneras morales son todas aquellas que ceden al interventor, las que se complacen en hacer mofa de una revolución tan justa como grandiosa, tan llena de heroísmo como de rápidos y felices resultados.¹⁶

También Nicolás Heredia, quien había expresado su admiración por el modo de vida norteamericano en su novela *Leonela* (1893), se muestra alarmado ante la posibilidad de absorción cultural de Cuba por los

Estados Unidos. En su tesis de grado, *El idioma como exponente de las nacionalidades* —publicada en 1905, pero defendida en 1901, poco antes de morir su autor— Heredia considera que ante el peligro de desnacionalización, la lengua española constituye un valladar, un «elemento de defensa» en medio de la «grave incógnita» que vivía el país.¹⁷

En la poesía es, de nuevo, Bonifacio Byrne, quien da la tónica de mayor significación en cuanto a la reacción intelectual a la imposición neocolonial norteamericana. En mayo de 1901 —recién clausurada la Convención Constituyente— escribe un poema que, aunque no fue publicado en su momento, recoge un sentimiento bastante común: si bien el dominio norteamericano aceleraría la modernización de la Isla, el precio era la pérdida de la libertad y la independencia, y la subordinación del sujeto nacional cubano a los designios de un poder extranjero. Se trata del poema «Lasciate...», dedicado a Juan Gualberto Gómez, seguramente por su actuación en la Convención Constituyente.

*La frase terrorífica del Dante;
aquella frase inexorable y fría
(que cual escarcha la ilusión agosta),
a manera de júbenebre epitafio
hoy aparece escrita en el sepulcro
de nuestra aspiración, estrangulada
por la mano implacable del destino,
en un momento en que la humana estirpe
le robó sus instintos al leopardo,
su elástico vigor a la pantera
y su veneno fulminante al áspid.
¡Perded toda esperanza! Ya las olas
besarán nuestras playas, como el hijo
la faz marmórea de su madre inerte...¹⁸*

Aunque el sujeto lírico achaca al «destino fatal» la frustración de «nuestra esperanza de ser libres», el desarrollo del poema deja claro las verdaderas causas del hecho; y aunque su desesperación lo lleva a suponer la pérdida del idioma, las costumbres, la música tradicional y hasta el paisaje, finalmente exhorta a una actitud digna, de rechazo y rencor hacia el poder dominante y de afianzamiento de la conciencia nacional.

*¿Conformarnos? ¡Oh, no! No se conforma
la tímida gacela a que la inmole
el hambriento león ni el toro hirsuto
a inclinar la cerviz! Los que han sabido
quebrantar sus cadenas, no serviles
aceptarán la esclavitud. ¡Inútil
que disfrazada llegue, bajo el manto
con que encubre la vil hipocresía
su alevé faz, desde que el mundo es mundo!
¡Es la de Ajax una actitud gallarda!
Enseñándole el puño al firmamento,
la protesta en el labio y en los ojos,
y el rencor, como víbora, enroscado
en el fondo del alma, sin eclipses,*

*seguiremos amando nuestros lares,
repudiando la mano que nos tiende,
—¡mano de mercader!— la tenebrosa
codicia ruin, sin corazón ni entrañas!*¹⁹

Byrne escribiría, en el mismo año, el poema «La Enmienda Platt», en el que llama «fatal y bárbara coyunda» al apéndice constitucional.

Como se ha visto hasta ahora, de una actitud general hasta cierto punto optimista en cuanto a la posibilidad de acceder a la total independencia, la intelectualidad va pasando a otra en la que prima, desde una posición de vencidos, el llamado a reafirmar la dignidad nacional, la defensa de las tradiciones, la lengua, la historia y el fortalecimiento del sentido de pertenencia a la nación cubana.

Esta actitud tendría un punto culminante, en el plano de la representación literaria, en el segundo discurso de Manuel Sanguily contra el Tratado de Reciprocidad, en el Senado de la República,²⁰ unos meses después de instaurada esta, y en el poema «La más hermosa»²¹ de Hernández Miyares, inspirado en el discurso.

Sanguily, quien, presionado por la convicción de que no habría República sin Enmienda, había sido uno de los firmantes del sí a la Enmienda Platt, trató, desde su escaño en el Senado, de aminorar los efectos del oprobioso apéndice mediante proyectos de leyes que limitaran su aplicación. Uno de ellos, el que prohibiría la venta de tierra a extranjeros, fue desestimado por un parlamento donde se mezclaban independentistas honestos, exautonomistas, exintegristas, anexionistas y elementos provenientes del Ejército mambí, pero cuya divisa no era el beneficio del país. Consumado el proyecto neocolonial con la proclamación de la «República enmendada» y un presidente —Tomás Estrada Palma— al gusto de la nueva metrópoli, el próximo paso fue hacer votar un Tratado de Reciprocidad que completaba, esta vez en cuestiones de producción y comercio, la entrega de la Isla a su vecino. El discurso de Sanguily es emblemático para la idea que desarrollo en este trabajo. El destacado nacionalista cubano defiende explícitamente una causa perdida. No hay en este caso, como sí la hubo en los debates de la Constituyente, una esperanza, por muy remota que fuera, en la posibilidad de éxito. Su discurso inaugura una imagen de la nación como ideal ya inalcanzable, opuesta al imaginario nacional del siglo XIX. La defensa de la patria se torna entonces cuestión de honor caballeresco, sin posibilidades de subversión de lo impuesto.

Sanguily apela al simbolismo quijotesco e identifica a su oponente, el plattista Antonio Sánchez de Bustamante, también excelente orador, con el Caballero de la Blanca Luna. Aparentemente se trata de un torneo entre tribunos, pero Sanguily sabe de

antemano que no se trata de quién convenza a los demás senadores con su elocuencia, que la suerte del Tratado y del país ha sido predeterminada. De ahí la referencia intertextual al Quijote, la estructura y el tono del discurso y el patetismo del final:

Tal vez en breve otra palabra os señalará rumbo distinto y haréis lo que ella dicte. No sentiré amargura ninguna. Lamentaré sí por mi patria, no por mí, verme en el suelo bajo su lanza de oro; pero entonces, parodiando al más generoso hidalgo que haya concebido maravillosa fantasía, yo le diría con sincero convencimiento: «Me alegro de tu triunfo, como amigo; lo siento, empero, como cubano. Por esto dueleme en lo íntimo del alma que tus armas mejores son que las mías, aunque no tu causa. Sí, Caballero de la Blanca Luna, podré reconocerte derribado; ¡pero jamás me harás confesar que no es la más hermosa dama que vieran ojos humanos la que yo venero y bendigo desde el fondo del corazón atribulado!».²²

El soneto de Hernández Miyares, que estimula a Sanguily en su quijotesco empeño, hubiera quizás pasado inadvertido si un periodista del *Diario de la Marina* no declarara que «La más hermosa» era un plagio de un soneto de un poeta español. Los textos de la polémica que suscitó esta declaración llenaron un grueso volumen que años más tarde organizara José Manuel Carbonell.²³ La defensa de la autenticidad del poema se convirtió en una cuestión de honor nacional, con implicaciones políticas: se defendía no solo la honestidad de un poeta, sino la posición de Sanguily en el Senado y, en última instancia, el rechazo al tratado de Reciprocidad.²⁴

A partir de esos últimos y aislados intentos de, al menos, matizar la aplicación de la Enmienda Platt, lo que va a caracterizar de manera general al pensamiento y la literatura cubanos en las dos primeras décadas del siglo —salvando las excepciones y sin desconocer las variantes individuales y genéricas— será el pesimismo y la creencia en la irreversibilidad de la situación de dependencia. Un trabajo ensayístico como «El imperialismo a la luz de la sociología» (1905),²⁵ de Varona, puede ser un ejemplo de ello. El autor es uno de los pocos que se plantea —después de analizar el fenómeno en su versión clásica (Roma) y moderna (Inglaterra)— la problemática imperialista en cuanto a las relaciones de los Estados Unidos con Cuba, pero la considera «sometida a un determinismo que asusta», o sea, lo cree inapelable.

En términos generales, la prosa reflexiva denota un interés en encontrar una alternativa a la dependencia. Muchos la encuentran en lo que Manuel Márquez Sterling llamó «la virtud doméstica», que se puede relacionar con ese honor que defendía Sanguily en el Senado. El desarrollo educacional —que había llevado a Varona a colaborar con el gobierno interventor—, el buen gobierno, el conocimiento y veneración de la historia y la reivindicación de nuestra cultura servirían,

El impacto del resultado de la guerra de independencia marcó, como elemento fundamental, las tendencias y en general la base ideotemática de las distintas obras literarias en las dos primeras décadas del siglo.

según estos propósitos, como bases de la restauración de la dignidad nacional. Ello se reafirmaría después de la segunda intervención norteamericana (1906-1909) y la galopante corrupción administrativa y política que inauguró Charles Magoon y continuaron los elementos menos representativos del mambisado, convertidos en presidentes —Menocal, José Miguel Gómez, Alfredo Zayas y Gerardo Machado.

Aun desde ese estado de frustración generalizada, los pensadores más lúcidos y honorables van a tratar de explicar las causas históricas, idiosincrásicas, contingentes, de la situación. Intentan reflexionar sobre la forma de garantizar la identidad nacional en las nuevas y desventajosas condiciones del país, y procuran la continuidad de la fecundidad cultural del XIX, mediante la creación de instituciones, sociedades y publicaciones.²⁶

Las grandes preocupaciones de los intelectuales no beneficiarios de la nueva situación se puede resumir en cómo lograr la descolonización de la sociedad y movilizar la conciencia nacional en las condiciones de un modelo de modernización dependiente. Ello sin renunciar a la indagación de las causas del estado de subordinación y de corrupción que vivía el país.

El propio Varona, cuyo determinismo no afectaba su honestidad, veía con consternación que «Cuba republicana parece hermana de Cuba colonial»;²⁷ de lo que se infiere que lo poco positivo que veían los cubanos en el protectorado norteamericano —la rápida modernización de la economía, los métodos de gobierno y el funcionamiento de las instituciones— tampoco se cumplía.

En el período hay también trabajos mucho más radicales acerca de las verdaderas causas de la situación cubana. En 1913, aparece *Contra el yanqui*, de Julio César Gandarilla, que denuncia abiertamente la penetración norteamericana en la vida nacional. José Antonio Ramos, por su parte, realiza análisis sociológicos en varios ensayos, sobre todo en *Manual del perfecto fulanista* (1916), voluminoso libro en el que critica los vicios y errores de la personalidad social cubana, vista a partir de sus sectores hegemónicos, en el contexto de la realidad neocolonial imperante.

Fernando Ortiz, quien comenzó sus trabajos según las teorías de Cesare Lombroso, muy pronto abarcó temas no solo etnológicos, en los que llegó a ser un verdadero maestro, sino acerca de la situación socio-

política cubana, como en *Entre cubanos* (1914) y *La crisis cubana, sus causas y sus remedios* (1919).

Similares sentimientos en cuanto al destino de Cuba tiñen de incertidumbre la incorformidad y malestar que denotan las obras narrativas y dramáticas del período, muchas de las cuales, igual que en el ensayismo, reflexionan sobre la responsabilidad del carácter del cubano en el estado de cosas.

Una de las obras narrativas más patéticas y al mismo tiempo más representativas de la reacción intelectual ante el resultado de la guerra, es sin dudas la noveleta de Esteban Borrero Echevarría *El ciervo encantado* (1905), una amarga alegoría de cómo las divisiones intestinas, los intereses personales, la falta de previsión de los cubanos en guerra, prepararon el terreno para la pérdida de la independencia.

Aun en los títulos de algunas de las obras del período se puede apreciar lo que pudiéramos llamar una nueva «visión de los vencidos»: *Los inmorales*, *Los ciegos*, *Las impuras*, *Tembladera*, *Sombras eternas*, *Las impurezas de la realidad*, *La conjura*... La formación de los narradores lo identificó principalmente con las corrientes naturalistas europeas. Las condiciones cubanas del momento en que escriben, la influencia del positivismo y sobre todo la sensibilidad nacional que quieren interpretar, justifican un modo de expresión como el naturalista, con toda su carga de determinismo y pesimismo.

En cuanto a los asuntos y temas, por muy variados que estos sean dentro del *corpus* narrativo de la época, la mayoría refleja, de una u otra forma, esas circunstancias y las tendencias autorales respecto de ellas. No es casual, por ejemplo, el tratamiento de temas históricos que se corresponde con el auge de esos estudios, la publicación de biografías, de literatura de campaña y la creación de instituciones para la investigación histórica y etnológica. Se puede pensar, además del lógico interés de una república recién nacida en repasar su historia, en un afán por reivindicar momentos del pasado más esperanzadores y dignos, como forma de exorcizar el presente que se rechaza.

En la narrativa, el tema histórico, especialmente el relacionado con las guerras por la independencia, está presente en muchas de las obras, ya bien en tanto hilo argumental único —como en *Sombras que pasan o Ideales*, ambas de Raimundo Cabrera—, o como parte de la diégesis, según se ve en *Generales y doctores* y *Juan Criollo*,

de Carlos Loveira. En todos estos casos, la gestión independentista está vista, en última instancia, como un timbre de gloria. A través de los títulos de cada una de sus tres partes, *Generales y doctores* magnifica comparativamente su significación. La primera, que se desarrolla en el período de entreguerras, se llama «En días de tristeza y dudas», la última, que cubre la primera década después de la terminación de la guerra, se titula «En días de incertidumbre y desconcierto», mientras que la segunda parte, justamente la que enfoca el período de la guerra del 95, aunque hay críticas a determinados hechos como el nombramiento de generales a hombres que no habían tenido batallas, pero sí títulos, se llama sin asomo de ironía, «En días de fe y heroísmo».

Pero no siempre el repaso histórico tiene ese sentido. En *La manigua sentimental*, de Jesús Castellanos, el protagonista, desilusionado por el resultado de la guerra, llega a cuestionarse la justeza de la gestión liberadora. La intención del autor parece haber sido demostrar cómo en la república se han deteriorado los valores de la insurrección, pero lo hace con tal sarcasmo que el personaje protagónico llega a juzgar de manera irónica las motivaciones de quienes se alzaron en armas. Como en sus otras novelas —*La conjura*, *Los argonautas*— el autor insiste, con orientación naturalista, en el fracaso de sus héroes en un medio social adverso. Igualmente en su ensayo «La alborada del optimismo», termina por recomendar «cultivar su jardín», o sea, dedicarse a los asuntos privados, lo que igualmente demuestra su sentimiento de frustración ante lo público nacional.

Tampoco es casual que esas y otras novelas del período traten sobre la transición de la colonia a la república. De nuevo las obras de Loveira citadas, sin ser las de mejor factura artística, son ejemplares en más de un sentido. Ambas reflexionan sobre las posibilidades de realización personal y de dedicación social de los cubanos profesionales, representados en la historia por un dentista y un periodista. Las dos demuestran que solo en la maquinaria política les queda campo de acción. Y ambas describen la frustración de los ideales de sus protagonistas. En *Generales...* su personaje central, después de intentar inútilmente pasar leyes que favorecieran a la mayoría, decide retirarse para ejercer su profesión y esperar que nuevas generaciones resuelvan el problema de Cuba. En *Juan Criollo*, por el contrario, su protagonista es vencido por el medio y penetra en la maquinaria politiquera.

A mi entender, la mejor demostración del cambio de tendencia autoral en relación con la cuestión nacional en la narrativa es la variación que se percibe entre las primeras obras de Miguel de Carrión, escritas antes de 1902 y las posteriores. Los relatos que conforman *La última voluntad* y la novela *El milagro* escritos antes de esa fecha, responden al propósito del autor de influir en

una reforma moral que negara los dogmas opresivos de las instituciones coloniales. Los personajes principales de *El milagro*, por ejemplo, transgreden las normas conductuales establecidas, al romper conscientemente con todo lo que los ata y dejarse llevar por sus sentimientos y su naturaleza. En cierto sentido es esta una novela optimista; su autor tenía aún esperanzas de transformar la sociedad en cuanto a lo moral.

Posteriormente, Carrión se dedica al periodismo y escribe algunos cuentos, hasta 1918, cuando publica *Las honradas*. Esta novela, como igualmente *Las impuras*, denota el fracaso del proyecto renovador de Carrión. Ya no se trata, como en *El milagro*, de estimular a luchar contra lo establecido, sino de describir los desajustes que producen en los individuos las trabas y convencionalismos existentes y la influencia de la estructura sociopolítica en sus actuaciones e intereses. La situación de la mujer, que pasa a ser el centro de su novelística después de *El milagro*, era la mejor demostración de que el cambio de *status* político no había variado las normas coloniales. Ni Victoria, ni Teresa, ni Amada (protagonistas de las tres últimas novelas de Carrión) son triunfadoras desde el punto de vista del proyecto de su autor, como sí lo fueron los personajes principales de *El milagro*. Todo lo contrario: cada nueva novela de la trilogía narra un fracaso mayor. Victoria, en *Las honradas* se adapta finalmente a su *status* matrimonial que en esencia no ha cambiado; Teresa, en *Las impuras*, después de actuar en coherencia con sus convicciones, debe vender su cuerpo; Amada, en *La esfinge*, constituye una tercera opción, más trágica y alienante: la mujer que rechaza firmemente sus sentimientos y acepta, en apariencias, su situación legal, renuncia al amor, desprecia al marido y termina buscando la muerte como única salida.

Aunque Carrión, como muchos otros intelectuales de la etapa, admira el espíritu práctico y la eficiencia de los norteamericanos, sus cuentos y novelas tocan algunos de los más acuciantes problemas que presentaba el modelo de república impuesto por los Estados Unidos. Una de sus mayores preocupaciones era el desplazamiento de los nacionales de las áreas económicas y la consecuente opinión de estos acerca de que el único espacio en que podían sobresalir era el de la política. También trata críticamente sobre la corrupción generalizada, la falta de oportunidades para los jóvenes profesionales, el mantenimiento del espíritu colonial.

También abogó —sobre todo en sus trabajos periodísticos— por la tenencia de la tierra en manos cubanas. Este fue un tema muy debatido desde el principio de la República, ante la voracidad terrateniente de las compañías norteamericanas. Autores como José Antonio Ramos y Alfonso Hernández Catá, entre otros,

tratan en sus obras este asunto. El primero, lo hace centro de su drama *Tembladera* (1917) y lo abordaría más tarde en su novela *Coaybay* (1927). Hernández Catá, por su parte, incluirá en su *Mitología de Martí* (1929) un cuento seguramente escrito antes, «Don Cayetano el informal», que trata también el problema del traspaso de la tierra a manos extranjeras.

Mucho habría que hablar sobre la implícita batalla en desventaja de los narradores de las primeras décadas republicanas por mantener lo nacional en nuestra literatura, ante las intenciones norteamericanas de imponer un modelo cultural a la Isla. En mi criterio, la novela del período es uno de los géneros donde mejor se aprecia el freno que la intelectualidad cubana puso al peligro de absorción cultural por parte de los Estados Unidos.

La reacción poética a la situación después de 1902 es más compleja. En la primera década del siglo lo que se percibe en la poesía cubana es, en términos generales, una amalgama de temas, tendencias y estilos, mayoritariamente dentro de una medianía en cuanto a la calidad. Desde luego que hay voces que sobresalen del conjunto (Mercedes Matamoros, René López, Dulce María Borrero, entre otros), pero indudablemente en esa primera década del siglo se rompe la continuidad de calidad poética que desde José María Heredia, había tenido siempre nombres de primera línea y que llegaría a su plenitud con José Martí y Julián del Casal.

La respuesta poética a la situación nacional en la primera década del siglo, descontando las excepciones antes apuntadas, habría que buscarla en la desubicación, en la indefinición tanto de estilos como de temas. Abundan, como dije antes, los poemas «patrióticos», de loa formal al 20 de mayo o a los héroes de la independencia, los «homenajes» a personalidades de la época, los cuadros paisajísticos, las descripciones.

Hubo que esperar a la segunda década para que apareciera un fermento de rebelión intelectual contra la mala poesía, encabezado por Regino Boti y José Manuel Poveda. Esa reacción tiene indirectamente que ver con las respuestas intelectuales a la situación del país, aunque su valor esencial es la voluntad de volver a poner a Cuba en el jerarquizado lugar que ocupaba en la poesía de habla hispana. Constituyó, en su momento, una sacudida a esa indolencia poética de la primera década, tan de acuerdo con la situación de frustración y desencanto que imperaba en el país. Boti y Poveda pretendieron, como años más tarde los origenistas, salvar la cultura, en este caso la poesía, del caos nacional. Aunque no fueron ajenos a los acontecimientos sociopolíticos, su poesía se aparta de lo social y lo político contingente, que ellos llamaban «realidad vulgar». No es extraño entonces que fueran a buscar su punto de partida en la poesía cubana finisecular por

la línea de Julián del Casal, a quien consideraban un gran traicionado, y que la ideológica que proponen para el modernismo y por esa vía, responda al ambiente de frustración, desilusión y pesimismo del momento cubano.

No obstante, en algunos de sus poemas el sentimiento de frustración se hace más evidente. Es interesante comparar, por ejemplo, «El trapo heroico», de José Manuel Poveda, con «Mi bandera», de Byrne. Si este la ve como símbolo vivo de la nacionalidad que habría que defender, si la hace «flotar en [sus] versos», y espera verla ondear sola «en el llano, en el mar y en la cumbre», Poveda se refiere a ella, inmóvil en un museo, como símbolo del fracaso nacional.

*Contra el muro, aplastado en deplorable
marco, casi mugriento, desteñido,
lo enseñan. Así el trapo²⁸ inolvidable
expía haber triunfado del olvido,
así el signo preclaro que un glorioso
momento del pretérito ilumina,
semeja un buitre cínico y odioso
que exhibe las carroñas de su ruina.²⁹*

Aunque su definitiva determinación precisaría una investigación psicosociológica más que literaria, creo que el impacto del resultado de la guerra de independencia marcó, como elemento fundamental, las tendencias y en general la base ideotemática de las distintas obras literarias en las dos primeras décadas del siglo. Ese estado colectivo de frustración y pesimismo está en la base de los aciertos y errores de la literatura del período; pero —y esto es algo que aún está por investigar en toda su magnitud— muchos de los intelectuales cubanos del momento libraron, cada uno de acuerdo con su formación y convicciones, una batalla por el mantenimiento de la cultura cubana, amenazada por el modelo de desarrollo impuesto por la nueva metrópoli.

Notas

1. José Ignacio Rodríguez (1836-1907), quien había sido regidor del Ayuntamiento y alcalde interino de La Habana en los años 50, fue simpatizante de la independencia durante la Guerra de los Diez años. Emigrado a los Estados Unidos, se convirtió en uno de los principales promotores de la idea anexionista. Tomó parte activa en la Conferencia Internacional Americana (1889-1890) y en la Monetaria (1891), en las que intentó lograr un consenso de apoyo para la compra de Cuba a España por parte de los Estados Unidos. Fue también asesor de la Comisión de plenipotenciarios norteamericanos en las conversaciones para el Tratado de París, lo que —teniendo en cuenta que a los insurgentes cubanos les fue negada su participación— marca una de las muchas paradojas que se produjeron alrededor de la Guerra Hispano-cubano-norteamericana.

2. José Ignacio Rodríguez, *Estudio histórico sobre el origen, desenvolvimiento y manifestaciones prácticas de la idea de la anexión de la Isla de Cuba a los*

Estados Unidos de América, Imprenta La propaganda literaria, La Habana, 1900.

3. Véase, Emilio Roig de Leuchsenring, *Historia de la Enmienda Platt*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1973, pp. 31-6.

4. Años más tarde, en 1905, Collazo publicaría *Los americanos en Cuba*, que cubre el período de las acciones militares norteamericanas y cubanas en 1898.

5. Bonifacio Byrne, «Mi bandera», *Poesías*, Letras Cubanas, La Habana, 1981, pp. 30-1.

6. Véase José Martí, poema «XLV», *Versos sencillos, Poesía completa. Edición crítica*, Letras cubanas, 1985, t. 1, p. 282.

7. Enrique Hernández Miyares, «Dos banderas», en *Antología de la poesía cubana. Siglo XX*, DDM, Universidad de La Habana, 1983; (selección, prólogo y notas de Denia García Ronda).

8. Más combativo sería otro poema del mismo autor, titulado «La bordadora», en el que desarrolla la idea de la necesidad de continuar la lucha hasta la total independencia de Cuba. En este caso, la motivación es también la bandera.

9. Véase Emilio Roig de Leuchsenring, ob. cit.

10. Cintio Vitier, *Ese sol del mundo moral*, Ediciones UNION, La Habana, 1990, p. 97.

11. «Ponencia de Juan Gualberto Gómez, miembro de la Comisión designada para proponer la respuesta a la comunicación del gobernador militar de Cuba», en Emilio Roig de Leuchsenring, ob. cit., pp. 399-409.

12. Es significativo en este sentido la explicación de los votos positivos a la Enmienda. Manuel Sanguily, por ejemplo, reconoce que es una imposición de los Estados Unidos y que la resistencia a ella sería «definitivamente funesta para las aspiraciones de los cubanos». José N. Ferrer, quien había votado en contra hasta la última votación, declaró que había considerado «útil, provechosa y necesaria la oposición a la Ley Platt en tanto hubo esperanzas de que esta se modificara o retirara por el Congreso americano», pero que ya sabía «perdida la esperanza de que el Congreso de aquella nación reconsiderara su acuerdo conocido como Ley Platt». Véase Emilio Roig de Leuchsenring, ob. cit., p. 162.

13. Incluso un declarado promotor del protectorado norteamericano, José Antonio González Lanuza, rechazó en carta abierta a Manuel Sanguily (*Diario de la Marina*, 27 de agosto de 1900), la posibilidad de ser candidato a la Convención, por estimar que allí se aprobaría la absoluta e inmediata independencia de Cuba.

14. Aunque desde una perspectiva determinista y evasiva, Varona legítima el proyecto martiano de lograr la independencia en un breve plazo para impedir la participación norteamericana en ella, al exponer que lo único que hubiera evitado la ocupación era haber expulsado a España a tiempo.

15. Tomado de José Antonio Portuondo, «Enrique Hernández Miyares», *Capítulos de literatura cubana*, Letras Cubanas, La Habana, 1981, pp. 387-88.

16. *Ibidem*. Es bueno destacar que fue este autor uno de los primeros —y de los pocos en esa etapa— que utilizó el término «imperialismo yanqui» para calificar el método de dominación que estrenaban los Estados Unidos. En un artículo de 1901 no solo lo llama así en

relación con Cuba, sino que considera que ese peligro se cierne sobre toda la América Latina y apela a la unión y solidaridad de los pueblos latinoamericanos para luchar contra él.

17. Véase Nicolás Heredia, «El idioma como exponente de las nacionalidades», *Revista de la Facultad de Letras y Ciencias*, v. 1, n. 2, La Habana, 1905. Citado por Marlen Domínguez, «Modelos lingüísticos en contienda: hacia un nuevo 98», en este mismo número de *Temas*, pp. 135-42.

18. Bonifacio Byrne, «Lasciate... (Elegía a Cuba)», *Poesías*, ob. cit., pp. 46-50.

19. *Ibidem*.

20. Manuel Sanguily, «Segundo discurso contra el Tratado de Reciprocidad comercial», en *Documentos para la Historia de Cuba* (selección, prólogo y notas de Hortensia Pichardo), Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1968, t. 2, p. 237.

21. Enrique Hernández Miyares, «La más fermosa», en *Antología de la poesía cubana. Siglo XX*, ob. cit.

22. Manuel Sanguily, ob. cit.

23. José Manuel Carbonell, «La más fermosa». *Historia de un soneto*, Imprenta El siglo XX, La Habana, 1916.

24. Se pudiera pensar que dedicar tantas energías y páginas de publicaciones a una polémica literaria, en los momentos en que el país estrenaba su condición de neocolonia era una manifestación de superficialidad intelectual; sin embargo, el hecho de que el poema apoyaba una actitud de dignidad y decoro en medio de la tragedia nacional, indica que se debatía, más que un principio ético individual, elementos relacionados con la identidad y la dignidad nacionales. Véase José Antonio Portuondo, ob. cit., p. 393.

25. Enrique José Varona, «El imperialismo a la luz de la sociología», en *Los mejores ensayistas cubanos*, Festival del Libro Cubano, Segunda Serie, s/f.

26. Además de publicaciones ya existentes, como *La Discusión*, *La Lucha*, *El Mundo*, *Diario de la Marina*, aparecieron o reaparecieron otras, entre las que se destacan *La política cómica*, (1894), *El Figaro* (1885) y *Cuba Contemporánea* (1913). Se crearon instituciones como El Ateneo (1902) y la Sociedad de Conferencias, la Academia de Historia y la de Artes y Letras, así como la Sociedad de Fomento del Teatro, todas en 1910.

27. Enrique José Varona, «Discurso en la Academia Nacional de Artes y Letras» (11 de enero de 1915), en *De la colonia a la República*, Cuba Contemporánea, La Habana, 1919.

28. Poveda utiliza el sema «trapo» no en el sentido cotidiano o peyorativo, sino en su acepción galicista de bandera, proveniente de la palabra *drapeau*.

29. José Manuel Poveda, «El trapo heroico», *Obra poética*, Letras Cubanas, La Habana, 1988, p. 209.